

Aplicando las fórmulas barométricas tenemos :	2.945,904 ahora.
Altura de Bogotá sobre el mar.....	<u>2.573,811</u>
<i>Tapias de Pilatos</i> sobre el Colegio .....	0.372,093

ANTONIO M. BARRIGA—JOSÉ VICENTE CUERVO—JÓRGE NAVIA—CARLOS OBANDO.

## EL INTRUSO

### I

A mi mejor amigo  
Aníbal Montoya Canal

Anocheceía, cuando llegó a la plaza principal un individuo en una mala mula de alquiler. Al momento se empezó a conjeturar entre los contertulios sobre su procedencia y a inquirir todo lo imaginable sobre él, igual que sucedía con todo forastero. Se discutía su hermosura, su riqueza, su elegancia. Algunos aseguraban conocerlo, cuando don Clodomiro, individuo de ideales modernos, como él se ponderaba, hombre amigo de propagar a Nietzsche y a Renán, a quienes comentaba sin entender, se levantó del taburete que tenía recostado a una puerta, diciendo:

—Ese joven es el nuevo juez. Tengo que ir a recibirlo, a ponerme a sus órdenes. ¡Qué buena facha tiene! Parece civilizado en todo: vean ustedes su vestido, en fin.... Y afirman que es una gran cabeza, un talento.

—Yo lo acompañaré, don Clodomiro, agregó un mozo, su amigo incondicional. Y se fueron.

La tarde era como todas las de mi pueblo, divina. Se familiariza uno demasiado con las bellezas y deja de admirarlas. No cuidaba yo que el sol no era sino un brochazo purpúreo que velaban tenuemente nubecillas tan frías y sutiles como una gasa de novia, ni que en el cielo infinitamente azul florecían rosas enormes de suave color. No aspiraba la brisa que tenía más perfumes de todos los granados y todos los jazmines que una redoma de esencias. No



me extasiaba contemplando el paisaje imponente de los bosques que crecen en la cumbre más alta de alguna cordillera, de donde se desprende la quebrada sonora de linfa inmaculada, desgajándose en bloques de alabastro y que al correr por la llanura arrastra las encendidas corolas de los cámbulos, como pequeñas naves, y se marcha cantando de los ceibos potentes como centauros nútricos; de los bejucos dóciles y tiernos que calmaron la sed en su corriente, y hablando de la nieve, de arriba, de los Andes, donde tiene su cuna, y de los arenales sedientos y tostados de los climas del trópico.

Permanecía yo, como de ordinario, sentado en un cajón de una casa americana productora de petróleo, en la puerta de la tienda de don Juanito, personaje muy conocido. Allí concurríamos todas las tardes a charlar de la crónica diaria, que en realidad era muy poca, y a fumar tabaco.

La tienda, igual a todos los congéneres de los pueblos, tenía: un armario de vidrieras donde se guardaban tarjetas postales, carretas de hilo (blanco y negro), polvos de arroz y botellas de Agua de Kananga, el perfume predilecto de mis paisanas. En los estantes había tal cual botella de brandy, muchas de anisado y otras con agua colorada con anilinas. También se adornaba con ruedas de triquitraques nacionales y extranjeros y con paquetes de formidables cohetes para cuando había fiesta de iglesia o algo semejante. Los azadones, colocados en sarta, invitaban al trabajo, y las brillantes hachas pedían la honrada mano que las pusiera en movimiento.

Fuera del mostrador había unos bultos de café que servían de asiento a los tertulios y dos taburetes de cuero, desfondados y sucios, con disonantes flores, azules y amarillas, pintadas en el espaldar.

Don Aniceto, al mismo tiempo que oía nuestra conversación, tomando muy rara vez parte en ella, despachaba para *misía* Brígida las *retoras* de a \$ 2 y vendía al muchacho del cura el queso para su chocolate.

Ya era de noche y muy pocas luces proyectaban su foco luminoso por la plaza. En las vecinas calles todo era silencio. Habíase llegado la hora del reposo.

## II

Amaneció el domingo lleno de sol. Era una mañana azul. Mi pueblecito tenía animación de día festivo. Los campesinos transitaban con sus limpios calzones y su camisa roja cabestreado de la bestia que conducía el mercado. Por las aceras chirriaban estridentes los zapatos nuevos que se archivaban durante la semana, y se oía el *ris-ras* de las enaguas aplanchadas.

En la plaza, hasta el aire semejaba distinto, tenía no sé qué de alegre y dominguero. El sol brillaba con algo de raro, más vivo y al mismo tiempo más suave.

La brisa jugueteaba retozando por doquiera: cuchicheaba en los penachos airosos de las guaduas; arrullaba en los limoneros y naranjos florecidos y en los rosales fingía ruido de besos, suspiros de dos almas que se quieren y esparcen el perfume de su divina juventud. En los trajes nuevos de las aldeanas se divertía haciéndolas pasar vergüenzas. A los pañuelos de *rabo de gallo* de los chuchos que se extendían en las aceras de la plaza, los agitaba como en alegre clamoreo.

Siendo día festivo había afluencia de gente. Al pueblo concurrían los campesinos por asistir a la santa misa y negociar con los frutos de su huerta; otros por divertirse; los dueños de las haciendas a sus ocupaciones.

Los bultos de comestibles se alineaban cuidadosamente. Cuando llegaban animales cargados, se colocaban los fardos a continuación unos de otros, y el muchacho se dirigía al corral de siempre para dejar la yegua, o lo que fuera, y tomarse un vaso de guarapo.

En la torre de la iglesia se daba el último repique a misa. Las campanas parecían gritar, interrogar, charlar. Una sonaba dulcemente, la otra con voz gruesa; parecían

las unas cristalinos timbales y las otras roncós aguilonés. De pronto se aunaban todas las voces nerviosas y febriles, repercutiendo en tintineo parecido solamente a la algarraba que forman los pericos en los campos. Dejaron a misa, y comenzaron a entrar los concurrentes que aguardaban en la puerta.

A la salida se formaron corros en el atrio. Allí lucían los trapitos más lujosos los elegantes del poblado, mirando salir a las señoras con sus libros de misa y tras ellas las sirvientas y *chinas* con los tapetes y los bancos.

En estas, mientras yo, distraído, contemplaba reanudarse el mercado suspendido durante el oficio divino, y escuchaba cómo volvía a oírse el murmullo de la plaza, y las conversaciones, y los gritos, vi al señor juez, según dijo don Clodomiro el día anterior. Estaba en un grupo y me acerqué a ellos. Fui presentado al momento; se llamaba Eustorgio de la Parra. A nuestro pueblo no había ido individuo tan ilustrado, ni de tantas capacidades, según don Clodomiro; era un talento. De mí dijeron que era un poco fanático, pero que llegados los años cambiaría; que al estudiar y vivir, me convencería del oscurantismo o que imperaba entre los míos. Asustado no contesté, y creo que ni aun mi nombre lo dije al ser presentado.

Imposible, decía el doctor de la Parra, en ninguna parte del mundo civilizado se puede concebir que no sea el prefecto quien mande en una población tan rica como ésta, y que cuenta entre sus habitantes individuos de la clase de ustedes, sino que la gobierne un fraile sucesor de los inquisidores.

“Cierto, argumentaba don Clodomiro, eso es lo que yo digo, que a un cura como éste no se puede soportar, ni se debe seguir dejando que los campesinos le paguen diezmos y primicias.”

“Por eso es que el pueblo se arruina, respondió el juez, y cómo no se ha de arruinar, si tiene que pagarle al cura por las misas y por las salves, etc., para que después diga

en los sermones que esta gente, de un fondo tan bueno, no cumple con su deber, cuando tienen un ligero deslíz.”

Al medio día fue presentado el señor de la Parra a las casas principales del pueblo; don Clodomiro no dejaba de alabarlo en toda ocasión.

Fueron también a donde el señor cura. Los recibió el viejecito de cabeza blanca como un lirio e inmaculada como una azucena, lleno de bondad, de cariño, de amor cristiano. Los muebles de vaqueta raída y antiquísima, el crucifijo austero que presidía el despacho parroquial, el ambiente que en él se respiraba, todo, en fin, tenía cierta melancolía e inspiraba tal respeto, que si los visitantes no lo comprendieron enteramente, por lo menos influyó en sus ánimos, y les impuso reverencia.

Fueron también a casa de las Heredías, personas estimadísimas de todo el pueblo. El señor de la Parra quedó maravillado de la hermosura y recato de María, la hija mayor del señor Heredia. Nunca había visto una mujer tan bella, decía. En ningún rostro había contemplado la negrura misteriosa y fantástica de aquellos ojos tan grandes, tan dulces, tan suaves, tan tiernos. Ojos divinamente tristes. Parecen modelados para mirar crepúsculos, lejanías indecisas, paisajes que se esfuman, amaneceres vagos. Ojos que acarician con suavidad de terciopelo; que centellean como relámpago, que se abren como una rosa y se cierran como un día de verano.... Yo tengo que volver prontamente, decía don Eustorgio de la Parra; muy pronto, sí....

—Pero doctor, esa muchacha tiene novio, interrumpió don Clodomiro.

—¿Y lo quiere?

—Muchísimo. Dicen que lo adora.

—¿Y los padres ven con agrado ese noviazgo?

—Creo que sí. El muchacho es juicioso, trabajador y de buena familia.... relativamente, es decir, de cuna limpia.

—De manera que usted juzga que yo....

—¡ Ah, nó, doctor de la Parra! Usted será preferido. Por supuesto, no lo dude un momento.

—Dígame una cosa, don Clodomiro: ¿el novio de María es persona instruída, de ideas avanza las, amigo de lo moderno, del progreso?

—Nó, doctor, ni mucho menos. Aquí muy pocos hay que no sean unos fanáticos rezaderos. Y lo peor es que el señor Heredia es también un retrógrado de lo más intransigente.

—¿Cómo se llama el muchacho?

—Manuel.

—¿Vive aquí?

—Nó, tiene una hacienda cerca, denomina la *La Selva*. Es un bonito campo, y lo cuida con esmero, porque ha hecho estudios especiales de agricultura en un tiempo que permaneció en Europa. Exporta café, y al pueblo sólo viene los domingos y rara vez entre semana.

—Entonces veremos cómo le irá, murmuró de la Parra en repelente tono.

—Véalo, interrumpió don Clodomiro. Es aquel que va llegando a la casa. Irá a visitarla.

\* \*

Serían las cinco de la tarde, y los tertulios comentaban lo que he referido, sentados a la puerta de don Aniceto, cuya tienda comenzaba a frecuentar el nuevo juez.

En la plaza no quedaba ya gente. A la algazara de la mañana había sucedido la calma de la tarde; el oro ardiente del sol habíase trocado en el rojo fuego de los arreboles; el repique a misa lo habían cambiado por el melancólico toque del *Angelus*.

Sobre la torre de la iglesia se posaban bandadas de blancas palomas, que al juntarse sobre el fondo del cielo fingían un ramillete de albos lirios; de repente bajaban a la plaza y recogían en sus rojos piquitos los granos dispersos y volvían a huír. Las gallinazas buscaban desperdicios de

carne, saltando extrañamente, recelosas de todo. Se quitaban los últimos toldos armados durante el día para vender masato, dulces y bizcochos. La brisa, que ya no encontraba en los tendales encendidos pañuelos, ni las faldas nuevas de las campesinas que a esa hora llegarían a su estancia, se entretenía formando espirales de calcetas y papeles que hacía correr danzando, de una esquina a otra de la plaza....

### III

Habían llegado al cabo las fiestas que tan ardentemente esperaban todos. Don Clodomiro estaba feliz, porque encontraba diversión para de la Parra, que ya se aburría.

Al rededor de la plaza se formaron los tradicionales palcos de guadua. El andamiaje era de dos pisos. En la parte alta presenciaban cómodamente las damas el toreo; la inferior se arrendaba a una multitud de bohemios para establecer juegos de cuantos haya idea y cantinas portátiles.

El espectáculo de aquellos días era verdaderamente hermoso. Las calles vecinas a la plaza habíanse tornado intransitables. Allí se agrupaban los habitantes de las tierras ardientes, ataviados con sus ropas blancas; los de los climas fríos con su aderezo de páramo, eran manchas en el limpio conjunto; la sangre aflúa a sus mejillas acostumbradas a las brisas heladas y parecían teñidas de carmín. Allí estaban los amigos de la juerga. Por esas calles transitaban gentes a caballo, conducían bueyes, arreaban reuas de mulas. Frente a las tiendas de licor la gritería aumentaba: uníase a la desbordante locuacidad de los costeños la charla despaciosa del habitante de las montañas antioqueñas, y a las carcajadas de los unos el grito de los otros. Era un murmullo sordo, confuso, prolongado, tenaz. Confundíanse allí también las armas: los enormes *machetes*, protegidos por vainas de cuero ribeteado; el temido revólver, el puñal relumbrante y certero y el formidable guayacán, objetos que no eran de lujo solamente.

Abundaban los tahures bohemios; en un rincón tenían su roleta, sus dados o un juego cualquiera. Al anocheecer encendían humeantes mechones de petróleo, y a la luz del fogón, donde preparaban las comidas, jugaban y bebían, bebían toda la noche y al amanecer se les encontraba tendidos como bestias. Después toreaban intrépidos, y luego... jugaban y bebían... Terminado el bullicio en una parte, marchaban para otra, pobres músicos, bohemios ambulantes, mariposas del vicio. Y se marchaban tristes, desencajado el rostro, en que pintaba renegridas ojeras el insomnio, sobre esa tez pálida, sobre ese cutis al que robaron los excesos sus colores, que quizá cuando pequeños semejara una rosa y que besó una madre. Se marchaban con su equipaje al hombro, un instrumento cualquiera y puesta una chaqueta menos vieja. Y así seguían, continuamente, hasta cuándo ....?

Al atardecer, la alegría vibraba en la plaza. Los palcos estaban adornados de flores, de cortinas y, sobre todo, de mujeres hermosas. El conjunto era una guirnalda colosal, llena de luz, de gracia, de seda y poesía. Al compás de la música, al estallido de la pólvora y al grito de la multitud, los caballos, lujosamente enjaezados, saltaban, se arremolinaban; sacudían sus crines onduladas, alzaban nerviosamente las orejas, agitados, febriles, impetuosamente arrogantes. Los jinetes mostraban por su parte su mucha agilidad.

Entre éstos se encontraba Manuel, el amante de María, y el señor Eustorgio de la Parra, quien confirmaba la regla de que a los niños y a los borrachos los cuida Dios, porque de lo contrario ya se habría estrellado. Manuel, por el contrario, estaba triste y grave: había comprendido más que nunca el cariño que manifestaba Maruja por el juez. Este, desequilibrado por los tragos, decía a voz en cuello:

—Las mujeres son así. ¡Valiente tontería! Como yo no he de casarme con ella católicamente.... ¡Sí que iba a dejar-

me mandar del monigote aquél... a los campesinos ignorantes será a los que casa el cura ese....

Silencio, por Dios, suplicaba don Clodomiro, nosotros saldremos de él; pero no diga eso aquí; aguarde que levantemos el memorial a ver en qué pára el asunto. Hemos de hacerlo firmar por lo más granado de la sociedad.

—Pero supóngase, continuaba de la Parra, ¿por qué me va a prohibir que viva como me dé la gana y con quien quiera....? Y sin embargo, el domingo pasado me dedicó el sermón íntegramente porque, aunque no me nombró, yo sí supe entenderlo.... Pero.... tomémonos un trago.... Y como le digo: convéznase usted de que ninguno de los del pueblo éste vale la pena.... Ninguno ha sido capaz de comprender mi tarea libertadora.... Ninguno entiende aquí la grandeza de la libertad de conciencia.... solamente usted, don Clodomiro.... Verán ustedes. Yo me caso civilmente con Maruja, porque me da la gana y porque para eso están los notarios y los jueces; ya verán, agregaba meneando la cabeza afirmativamente.

En esto, Manuel, exasperado, prorrumpió: “¡Miserable, aquí estoy yo para impedir esa unión por sobre el mundo entero! ¡Usted no deshonrará a Maruja para dejarla luego! ¡Cuenta usted con que impediré su matrimonio y haré respetar la honra de mi pueblo por encima de todo....! ¡Canalla!”

El señor de la Parra quedó desconcertado por el momento. Después, energizado, contestó: “seguramente que un infeliz campesino vendrá a darme lecciones. Fanático incivil, si usted quiere tomarme cuenta de algo, envíeme padrinos y me batiré con usted.”

“¿Batirme en duelo? interrogó amenazador Manuel, con voz firme y resuelta, ¿batirme en duelo contrariando la más sana moral? ¿Poner en la punta de un estoque, en un golpe de audacia, la suerte de mi novia? ¡Ose usted irrespetar a María, y entonces daré cuenta de su vida de paria y de su intrepidez para los duelos! ¡Atrévase usted, inténtelo!”

La gente se iba agrupando. La muchedumbre se dividió en dos bandos: los unos defendían al juez, los otros a Manuel; empezaron los gritos, las vociferaciones: ¡Viva la libertad!, exclamaban éstos; ¡viva Manuel Ochoa!, tronaban los demás! Tal cual piedra hendía ya los aires y tomaba caracteres serios el altercado, cuando intervinieron personas que calmaron los ánimos y se llevaron los contendores en direcciones opuestas.

De la Parra protestaba en voz alta para llamar la atención, y con el sombrero en la mano, desordenado el cabello y con los ojos encendidos de rabia, clamaba contra Manuel, el cura y los fanáticos.... Manuel, por el contrario, quedó en calma, sólo tenía una ligera palidez en el semblante. A paso lento atravesó la plaza y, al llegar frente al palco que ocupaba María, saludó dulce y amenazador, al mismo tiempo, increpándole la parte que tenía ella en el suceso y demostrándole también el amor tan grande que por ella tenía: grande, como es grande la pampa americana; noble como el corazón de un campesino, y puro como el cristal inmaculado de las fuentes.... Después se confundió con la muchedumbre en una esquina. Cuando llegó a su habitación, resonaron las notas que anunciaban la salida de un nuevo toro.

#### IV

“Muy atentamente suplicamos a Su Señoría Ilustrísima, como fieles sumisos de la Iglesia y amigos de la rigurosa disciplina del clero, que promueva al señor cura de este lugar, porque su vida no está de acuerdo con la santidad evangélica.” Así rezaba uno de los párrafos del memorial dirigido por la *mayoría* del pueblo al señor Obispo. Encabezando las firmas estaba la de Eustorgio de la Parra (juez), seguía la de don Clodomiro y después la de todos los enemigos de Manuel.

El Obispo, aunque conocía la inmaculada vida del párroco, y no dio fe a la calumnia, resolvió por el bien de

la paz, promover al cura a una parroquia de más importancia, y una tarde, cuando en la sala que inspiró respeto al juez y su colega, oraba el anciano y venerable cura de la villa, recibió una nota por la cual se le ordenaba trasladarse a una villa distante. No extrañó el golpe, porque lo esperaba; sin embargo, dos lágrimas enormes, silenciosas, rodaron por sus mejillas de asceta.

Al día siguiente, domingo que le recordaba otros venturosos que pasó en el pueblo, fue a despedirse de sus amados feligreses en la misa parroquial. El templo casi estaba desierto, no era ya como antes de llegar de la Parra; pocos oían misa, porque se burlaban de ellos y tenían mucho que hacer para perder el tiempo. Las mujeres rezaban por todos. La voz del órgano parecía contagiada de la tristeza del presbítero. Sus acordes se esparcían por el templo vacilantes, fríos, temerosos.... Al Evangelio, subió el cura al púlpito para despedirse: fue elocuente, tuvo mucho de pesar, de angustia, de bondad, de melancolía.... Dolió en el alma dejar su pueblo, abandonar su grey. Una protesta elocuente se adivinaba en los ojos del auditorio y una resignación heroica en los del cura. Los pechos gemían y los labios murmuraban oraciones melancólicamente... El ruido del mercado repercutía en el templo, mientras había en la iglesia murmullos de suspiros. La misa terminó. El cura descendió las gradas del presbiterio conduciendo el cáliz en sus manos, que regaron bendiciones de paz y sembraron semillas numerosas de perdón, y se perdió en las sombras de la sacristía. Después nadie lo vio más.

Indignados los partidarios del buen párroco, trataron de contrarrestar los efectos del memorial del señor de la Parra, pero fue en vano, porque aquello era un hecho cumplido. Entonces se protestó contra la conducta del juez, demostrando los perjuicios que causaba; tampoco tuvo buen resultado, y sólo se logró ahondar las diferencias existentes. Las riñas personales se hacían ya frecuentes; las familias, antes unidas, se guardaban rencores y no se visitaban como antes.

## V

El doctor de la Parra trabajaba por adquirir partidarios y preponderancia en el pueblo. Quería ser su dueño único, el árbitro de sus destinos, el juez supremo.

Las relaciones con Maruja se estrechaban más y más. Había logrado que se le tuviera una confianza ilimitada en la casa. Podía entrar y salir cuando gustara; además, muchas veces quedaba él solo, acompañado de María, en la sala, y no por corto tiempo. Aprovechando una de estas oportunidades, la convenció de que ya que sus padres se oponían al matrimonio civil, lo más natural era que, si le profesaba ella verdadero cariño, huyeran a donde fuese la sociedad civilizada, que allí se casarían como él deseaba y llevarían una vida de felicidad paradisiaca. Ella, inocente y fascinada como estaba por de la Parra, se dejó seducir. Fijóse la noche siguiente para el viaje. Se convino que lo esperara en el solar de unas tías ancianas que fingiría visitar; él estaría allí a las 8 p. m., montarían a caballo y quedarían libres....

\*  
\* \*

En ese tiempo la luna salía a prima noche e impregnaba la naturaleza de aquella melancólica dulzura que producen sus rayos plateados. Cuando Maruja salió al patio, temblaba como una gacela acosada. Fue al borde del cercado y esperó al pie de un corpulento naranjo. La luna iluminaba fantasmagóricamente los objetos, que producían convulsiones nerviosas en la joven. Allí resplandecía una hoja que se movía de extraña manera; más allá, un haz de plata, cerníase por entre los bejucos y parecía una espada luminosa que inquiriese los misterios nocturnos de las frondas. Los ojos contemplaban doquiera un incierto claro-oscuro. La brisa sacudía las ramas y fingía pasos sobre la alfombra de hojas secas. De los corrales lejanos llegaba el canto vibrante de los gallos.

Oyó María claramente un ruido de pasos; su angustia aumentaba, porque podía ser Eustorgio.... pero podía ser otro.... Sus ojos penetrantes, se fijaron escrutadores por donde oyó el crujido de las hojas. La pobrecita temblaba, temblaba sin poderse mover. De entre los matorrales salió un hombre.... ¡Manuel! Como bruñida plata fulguraba un SMITH entre sus manos. Y se acercó a Maruja, imponente, sereno.....

—¿Qué haces aquí, qué buscas, a quién esperas?, preguntó Manuel, más que con los labios, con los ojos lucientes.

—Es.... es.... articuló ella.

—Mira, María, he seguido tus pasos; sé muy bien a quién buscas. Sé que esperas al infame de la Parra, tu seductor inicuo. ¡Oye! Conozco el plan. Sí, María, lo sé todo; todo, ¿lo oyes? Y todo lo impediré. ¡Miserable....! Y fulgían sus ojos con resplandor siniestro. ¡Ah los modernos, los civilizados!

María guardó silencio. Callaba, pero sus facciones pregonaban la angustia mortal que la afligía. “Manuel, murmuró al fin desfallecida: sí es cierto, ¡pero sálvame! ¡Sálvame, no permitas que me deshonoré! ¡Ah, yo que te quise tanto.... yo que te pienso tantísimo..... ¡Llévame de aquí; defiéndeme! Ya debe venir; vámonos.... ¡ ¡Ay, qué desgraciada soy....!! ¿Por qué no me ayudas? ¿Ya no me quieres? Ya debe venir, te lo repito..... No me dejes sola.... Me dejarás.... ¡Dios santo!! ¡Virgen!”

—Cálmate, María; él no puede venir aún, tengo seguridad, y sin embargo, miraba receloso a un lado y otro. Luégo, como extraviado, decía: ¿tú, mi adorada, en este sitio? ¿Mi dulce virgencita en estos trances?

—Manuel, vámonos de aquí, suplicaba ella; vámonos para donde mi mamá, pero si ella lo sabe..... ¡Ay, Dios mío! Y se mezaba los cabellos con desesperación.

—No, dijo secamente el mozo, no abandono este puesto, aquí lo aguardaré. Quiero verlo cara a cara. ¡Cogerlo infraganti!

—Por Dios, Manuel, mira que te mata; si él es un perverso, un malvado.... y yo no quiero verle más. Me da mucho miedo.... Yo me voy a esconder allí.... ¿no es cierto?...

En esto oyóse ruido, guardaron silencio y apareció la figura de Eustorgio de la Parra, pero.... en vez de encontrar a Maruja, vio a Manuel. Dio un paso atrás, pero Manuel voló hacia él; le agarró por el cuello; deslumbró de una mirada centellante y rugió en su cara:

—¡Infeliz! Ahora quiero verte. Quiero que muestres tus aptitudes para el duelo. ¡Seductor infernal! Y lo rebullía con furia.

El doctor volvió en sí de la impresión y respondió: “Sí, batámonos; quiero morir como un caballero, con honor.... si no es que te rompo el cráneo yo primero.”

Y con agilidad de prestidigitador disparó un tiro a Manuel. Este, que lo había soltado, tornó a estrechar entre sus músculos de campesino el cuerpo ciudadano del juez, y le quitó el arma, y lo postró y lo humilló gritándole: “¡Miserable, no me pudiste asesinar! Yo sí defenderé la virtud de mi amada; ¡desgraciado!, y lo rindió en el suelo, y apoyándole el revólver en el pecho rugió: ¡Prepárate, tú sí que morirás!”

Quizá no intentaba acabar de aquella manera con ese hombre, pero Maruja lo creyó y fue en su auxilio. “¡No lo mates, Manuel! Mira que se puede condenar. Es muy perverso, pero por mi amor, Manuel, no lo mates. ¡Pobrecito!”

—¡Párate!, ordenó Manuel. Apréndete a ser civilizado realmente. Te perdono en nombre de la que intentaste corromper y que ahora llora su debilidad y huye de ti, cual de padre repugnante; como de un contagio, como se huye de una víbora mortal, y te desprecia y tiene asco de tu muerte. ¡Infeliz! ¡Véte de la aldea que deshonoraste; de la villa que dejaste sin pastor y dividiste en bandos enemigos! ¡Húyete de la población, cuyas familias quisiste pervertir con tus maldades y cuya paz bendita sepultaste! ¡Falso civilizado, modernista mentido, húyete! ¡Véte.....!